

se le presentó la abjuración de los egipcios que habían sido sobornados por Timoteo Eluro y Pedro Mongo. Los obispos de Asia seducidos en gran número por la carta circular de Basilisco, hicieron también su retractación, dirigiéndola al patriarca de Constantinopla. Protestaban con juramento, para disminuir la gravedad de su culpa, que solo habían suscrito por violencia, y que nunca habían tenido más fe que la del concilio de Calcedonia.

34. En Palestina se hizo la reunión en tiempo del patriarca Martirio, sucesor de Anastasio, con circunstancias mucho más notables. Martirio, á quien no debemos confundir con el patriarca de Antioquía del mismo nombre, había nacido en Capadocia; pero su fervor le había llevado á Egipto y á los retiros de Nitria, donde profesaba la vida de anacoreta cuando los cismáticos mataron á Proterio, sucesor de Dioscuro. Todo fue entonces confusión en los más piadosos desiertos de la misma manera que en las ciudades, y el fervoroso anacoreta se vió obligado á huir con un compañero llamado Elías. Llevólos á Palestina la nombradía de San Eutimio, donde este santo abad, por un primer presentimiento de lo que debía acontecerles, se sintió desde luego inclinado á ellos con un amor singular, y pronto tuvo revelación puntual de que ambos serian elevados sucesivamente á la silla patriarcal de Jerusalem. El patriarca Anastasio los llamó á sí despues de la muerte de San Eutimio, los ordenó de presbíteros, y los agregó al clero del santo sepulcro.

Sacaron de allí á Martirio para ocupar la silla patriarcal; y así que le ordenaron envió al diácono Fido á Constantinopla, para lograr protección contra el atrevimiento desenfrenado de los hereges, que le causaban continuos temores acerca de la salvación de su pueblo. Fido se hizo á la vela en Joppe; pero sufrió un naufragio, en el que infaliblemente hubiera perecido sin la prodigiosa asistencia de San Eutimio, que se le apareció habiendo muerto poco antes. El Santo le dijo: „vuestro viage no es necesario; volved al que os envia, y decidle de mi parte, que no se aflija por la suerte de sus ovejas separadas, pues pronto volverán al redil.“ Envolvió con su manto, al decir estas palabras, al diácono Fido, que se halló sin saber cómo en la orilla, y poco despues en Jerusalem, donde se apresuró á referir al patriarca lo que acababa de ocurrirle (1).

Eran opuestas todas las apariencias á la prediccion, y habiéndose pasado algun tiempo despues de este suceso, cuasi le había olvidado el patriarca, cuando el abad Marciano, cabeza de los cismáticos, los reunió inopinadamente en su monasterio de Belen, donde les hizo este inesperado discurso (2): „¿hasta cuándo tendremos la Iglesia dividida, sin más seguridad de nuestros principios que nuestros propios racionios? Procuremos conocer la voluntad de Dios por el método que usaron los Apóstoles, y echemos suertes entre los monges y los obispos. Si cae sobre los primeros,

(1) *Vit. S. Euthim. pag. 87.* (2) *Cotel. tom. 2. monum. pag. 306. et 307.*

permaneceremos como estamos; y así sobre los pastores, nos juntaremos á ellos. Todos aplaudieron tal propuesta. Echando suertes: cae sobre los obispos, y los monjes se sometieron, no dudando que fuese esta la voluntad de Dios. El patriarca los recibió con los brazos abiertos, y con este motivo celebró una gran función. Solo dos abades persistieron en el cisma, y habiéndolos echado de sus monasterios, llevaron una vida errante y malhadada. Así prosperaban por doquiera los intereses de la fe, cuando la soberbia delicadeza de Acacio de Constantinopla, ofendida de un ligero defecto de atención, trastornó todas estas esperanzas. Provino también de Alejandría el principio de esta triste revolución. Conociendo el patriarca Timoteo Solofaciolo, que sus fuerzas y su vida iban decayendo cada día, envió á Constantinopla á Juan Talaya, presbítero, ecónomo de su iglesia, para mostrar al Emperador los riesgos que la fe iba á correr en Egipto, y pedirle que el que se nombrara por sucesor suyo fuese sugeto escogido del número de los clérigos católicos. Agradaron igualmente á Zenon la súplica y el suplicante, y despidió al presbítero Juan Talaya colmado de encomios y asegurado de que la súplica sería atendida (1). Mirósele desde entonces como destinado para sucesor en la silla patriarcal, y efectivamente, habiendo vacado poco despues, los católicos eligieron á Juan por unánime consentimiento. Al momento dió aviso al Papa y á los obispos de las sillas principales;

(1) *Gesta Acac. pag. 1081.*

pero encargó á Ilo, maestro de los oficios y su grande amigo, que entregase al patriarca de Constantinopla y al Emperador las cartas que les escribia sobre este asunto.

36. Por desgracia se hallaba Ilo en Siria, y entanto que el portador fue á buscarle, el altivo y caviloso Acacio supo por la voz pública la ordenacion de Juan Talaya, y miró como una injuria el no haber recibido sus cartas sinodales. Desde luego se declaró contra él, quiéndose á los protectores que Pedro Mongo tenia todavía en la corte; y de acuerdo con ellos acusó á Juan de varios delitos, y entre otros de haber conseguido su dignidad con intrigas, despues que habia jurado que no aspiraria á ella. Para cortar de un golpe todas las dificultades propusieron al Emperador el restablecer á Pedro, el cual se decia ser grato á los alejandrinos, y el único que era capaz de reunir los ánimos. Convencido Zenon de esto, escribió al Papa, que ya habia recibido la carta sinodal de Juan; y mal instruido de lo que pasaba á tanta distancia de Roma, prometió en su contestacion suspender la confirmación del nuevo patriarca; pero declaró al mismo tiempo que nunca consentiria en el restablecimiento de Pedro Mongo, no solo por ser cómplice sino tambien cabeza de los hereges: que la profesion reciente que hacia de la verdadera fe, podia á lo mas servirle para volver á la comunión de la Iglesia, y no para conferirle una dignidad, que en el caso que justamente se podia presumir de una abjuracion poco sincera, le daba libertad para ense-

ñar el error⁽¹⁾. Aunque fuese tan fundada la negativa del Papa, el Emperador se dió por ofendido, y escribió á los oficiales de Egipto que echasen de Alejandría á Juan, y posesionasen á Pedro de la cátedra episcopal.

37. Zenon sin embargo quiso dar algun color plausible á este extraño proceder, afectando afirmarse de la fe del prelado sospechoso á quien restablecia; y entonces fue cuando Acacio avenido con los protectores y partidarios de Pedro Mongo, movió al Emperador á publicar una fórmula de fe, que Pedro debía firmar para tornar á la silla de Alejandría. Tal fue la trama que dió lugar al famoso edicto de Zenon, llamado henótico, esto es, de union, y que solo sirvió para llenar la Iglesia de oriente de desuniones, disensiones y escándalos con la apariencia de destruirlos. Con este pretesto, siempre tan abusivo entre las manos de los sabios del siglo, y empleado de continuo con una nueva superchería, se acredita desde su preámbulo este edicto de cisma y subversion. He aquí como se explica el Emperador.

38. „Nos han presentado algunos abades y otras personas respetables un escrito, pidiendo la reunión de las iglesias, y que hagamos cesar los funestos efectos de su division, que ha sido causa de que muchos hayan sido privados del bautismo ó de la santa comunión, y de haberse cometido una multitud de muertes. Declaramos por esto que no se debe recibir otro símbolo que el de los trescientos diez y ocho padres

(1) *Simp. P. Epist. 17.*

de Niceá, confirmado por los ciento cincuenta de Constantinopla, y seguido por los de Éfeso, que condenaron á Nestorio y á Eutiques. Recibimos tambien los doce anatematismos del bienaventurado Cirilo, y confesamos que nuestro Señor Jesucristo Dios, Hijo único de Dios, que encarnó verdaderamente, es consubstancial al Padre segun su Divinidad, y á nosotros segun la humanidad; él mismo que bajó del cielo y encarnó del Espíritu Santo y de la Virgen María Madre de Dios, es un solo Hijo, y no dos. Decimos que es el mismo Hijo de Dios, que hizo milagros y padeció voluntariamente en su carne, y de ninguna manera recibimos á los que dividen ó confunden las dos naturalezas; y condenamos á cualquiera que crea ó haya creído antes otra cosa, ya fuera en Calcedonia, ó en cualquiera otro concilio que sea, en particular á Nestorio, á Eutiques y á sus satélites. Reuníos, pues, con iguales sentimientos que nosotros á la Iglesia nuestra madre espiritual⁽¹⁾.” Este es el famoso Henótico de Zenon, que parece tan opuesto á los errores de Eutiques, como á los de Nestorio y de todos los hereges. No obstante, hacia triunfar á los eutiquianos, porque no recibia el concilio de Calcedonia como los otros tres, y por el contrario parecia atribuirle errores.

39. De este modo el edicto fue muy pronto recibido por los enviados y por todos los secuaces de Pedro Mongo, aunque evidentemente hereges. Despues de esta infame formalidad, comunicó por su

(1) *Evagr. lib. 3. hist. cap. 14. Nicephor. lib. 16. cap. 18.*

parte Acacio fácilmente con ellos; puso de nuevo en los dípticos el nombre de Pedro Mongo, y le reconoció por legítimo patriarca de Alejandría, en virtud de la promesa que hicieron en su nombre algunos, cuya fe era tan sospechosa como la suya. Pergamio, que acababa de ser elegido nuevo duque de Egipto, llevó allá juntamente con los diputados las órdenes del Emperador, y el rumor de estas noticias habia ya puesto en fuga á Juan Talaya. Así el intruso, único señor de la silla patriarcal, recibió el henótico en triunfo, y principió á egecutar los medios de hacerle recibir por todo el Egipto. En los dípticos de Alejandría restableció los nombres de Dióscoro y Timotéo Elúro, despues de haber borrado los de Proterio y Timotéo Solofaciolo. Sacó de la sepultura el cuerpo de éste, y le mandó echar al punto fuera de la ciudad (1). Pasando los límites fijados en el mismo edicto, desmintiendo todo lo que acababa de prometer al Emperador y al patriarca de Constantinopla, dijo anatema con el mayor atrevimiento al concilio de Calcedonia y á la carta de San Leon.

Mostróse Acacio sobremanera perplejo con la nueva de este último atentado que apenas podia creer, y se dió traza de instruirse, enviando á Egipto algunas personas (2). Pero Pedro á quien nada costaba la mentira despues de tantos escesos, lo negó todo desvergonzadamente y sin temor de verse pronto confundido; y aun aprobó espresamente el concilio

(1) *Vict. Tun. chron.* (2) *Evagr. lib. 3. hist. cap. 16.* (1)

de Calcedonia, del cual habla con mucho honor en su contestacion á Acacio. Igualmente escribió al Sumo Pontífice, asegurándole que admitia con respeto aquel concilio; y esto en el momento mismo en que le reprobaba públicamente delante de los egipcios. Esta inconstancia, ó mas bien esta maldad é impiedad alejó de él á muchos de sus parciales. La discordia, compañera inseparable del error y de la mala fe, dividió á los cismáticos en una multitud de conventículos sin subordinacion, sin armonía, sin cabeza y sin patriarca.

40. En cuanto al obispo legitimo, apeló á la Sede apostólica á imitacion de su ilustre predecesor el grande Atanasio, y pasó como él á Roma. El Papa le recibió con una ternura paternal, y emprendió su defensa con vigor; pero la muerte privó á la Iglesia de esta digna cabeza despues de un pontificado de quince años y cinco meses.

41. De Simplicio tenemos muchas cartas, entre las cuales hay tres que merecen una grande atencion. La primera es á Zenon, obispo de Sevilla, al cual en premio de su celo, le constituyó vicario de la santa Sede en España para velar sobre la observancia de los cánones (*). En la segunda, escrita á Juan de Ra-

(*) El tenor de esta carta es como sigue. = Simplicio, al muy amado hermano Zenon. = Hemos sabido por relacion de muchos, que con vuestra caridad y gran fervor de espíritu, de tal manera os mostráis buen gobernador de la Iglesia, que con la ayuda de Dios no hay por que temer la furia de ninguna tempestad. Por donde, alegrándonos con tales nuevas, nos ha parecido bien honrar y engrandecer vuestra persona con la autoridad y oficio

vena, le repréndele con severidad por haber ordenado á cierto Gregorio contra su voluntad. Por esto el Papa señala á este Gregorio el gobierno de la iglesia de Módena, con la obligacion de no tener trato alguno con Juan, y bajo la sola dependencia de la santa Sede. Atribúyete tambien el usufructo de una tierra de la iglesia de Ravena por el tiempo de su vida, quedando la propiedad á esta iglesia. Declara al obispo Juan que si recae de nuevo en el mismo deslíz, será privado de todas las ordenaciones de su provincia.

El Papa privó en la tercera de estas cartas de la potestad de ordenar á Gaudencio, obispo de Aunio, por haber hecho ordenaciones ilícitas; y encarga á un obispo vecino que egerza esta funcion en la diócesis. Hace de las rentas de esta iglesia una distribucion mucho mas notable. „Solo tenga Gaudencio, dice, la cuarta parte de ellos y tambien de los sacrificios de los

de vicario de nuestra Sede apostólica, para que armado con esta fuerza en ningun modo permitais que se quebranten ó traspasen los decretos apostólicos ó de los santos padres: que razon es que sea ensalzado con digna remuneracion, aquel por quien sabemos haberse aumentado el culto divino en esas regiones. Dios &c.

Hemos transcrito esta breve carta para que se vea, cuán lejos está de toda verdad la opinion de los que por ella pretenden afirmar, que el obispo de Sevilla tenia por estos tiempos el primado de todas las iglesias de España. ¿Qué palabra se podrá citar de dicha carta, ni aun la mas pequeña, que indique ó mencione la autoridad de primado? Llámese enhorabuena á Zenon vicario apostólico, ó legado del Pontífice; pero el primado de España en ningun modo se le puede atribuir por esta carta, ni tampoco por la que escribió al mismo el Papa Felix III. Véase la coleccion de concilios de Aguirre, tom. 2, pag. 232 y sig.

fieles, de que no sabe hacer uso. Dos partes se emplearán en reparar los edificios, en la hospitalidad y en el alivio de los pobres. A los clérigos se les repartirá la última, segun su mérito. Téngase cuidado, añade, de que se restituyan estas tres partes de renta que el obispo se apropió por tres años.”

42. Solo vacó seis dias la santa Sede por la muerte de Simplicio, y nombraron á Felix II, romano de nacimiento, el 8 de Marzo de 483. Se propuso este nuevo Pontífice seguir religiosamente las máximas de su antecesor. Simplicio iba á condenar el henótico de Zenon cuando le cogió la muerte: Felix sin condenarle por un decreto formal, para no irritar mas el ánimo de este Príncipe, le desaprobó suficientemente para impedir los efectos de este infame edicto, que con el pretexto de reunir el rebaño de Jesucristo dispersaba las ovejas, y las substraía aun de los pastores de las sillas principales; y era un monumento injurioso por otra parte que atentaba visiblemente á los derechos sagrados de la potestad espiritual, la prescribia leyes sobre los objetos en que es mas independiente, se entrometia á enseñar á los doctores, y precisaba á los primeros prelados á suscribir un nuevo simbolo de fe.

Talaya permanecia entretanto siempre en Roma, y seguia pidiendo su restablecimiento habiendo recurrido á la santa Sede. El Papa que esperaba concluir felizmente un asunto tan espinoso é importante á la quietud de toda la iglesia oriental, le confirió el obispado de Nola, en donde murió antes que se pudiese

finalizar su causa; pero vivió suficiente tiempo cerca del Pontífice Felix, para hacerle conocer perfectamente el carácter altanero y falso de Acacio de Constantinopla, sus pésimas intenciones, su inestabilidad en los buenos principios y todo cuanto se podia temer de tal prelado. Para proceder con la mayor madurez, congregó el Papa un concilio de los obispos de Italia, en el cual se determinó enviar diputados al Emperador para quejarse de los males ocasionados á la Iglesia, y para pedir con eficacia que Pedro Mongo fuese echado de Alejandría, y se citase á Acacio para contestar á las acusaciones de Juan Talaya. El Papa en su consecuencia escribió á Zenon y al patriarca Acacio.

La carta al Emperador, aunque está llena de protestas de respeto y de deferencia muy propias para conmover á este Príncipe, no dejaba de mostrar una magnanimidad apostólica, y daba á conocer á Felix por un digno sucesor de Pedro, á quien ninguna consideracion humana impedia sostener con vigor la verdad (1). Recordaba á Zenon lo que habia causado la caida del tirano Basilisco y le habia restablecido á él mismo en el trono: que sus enemigos se arruinaron oponiéndose al concilio de Calcedonia, y que él habia recobrado el poder supremo desechando sus errores; que el agradecimiento debia empeñarle á librar la Iglesia de sus infames enemigos, del mismo modo que Dios habia libertado su estado de un rebelde y de un tirano. Por cuanto hay mas respetable y sagra-

(1) *Epist. 1. tom. 3. Concilior.*

do le pedia que procurase tener al Señor propicio, proponiéndose el ejemplo de los Emperadores Leon y Marciano, de quienes era sucesor legítimo. Representábase por fin sus mismos ejemplos, y cómo al subir al trono habia escrito á Roma á favor del concilio de Calcedonia, declarándose contra el usurpador de la silla de San Marcos, esto es, contra Pedro Mongo y contra sus satélites y patronos.

El Pontífice reprende en la carta de Acacio á este político irreligioso sus tergiversaciones y su fingido silencio sobre unos objetos, en que tanto interesaba á la edificacion de la Iglesia que se esplicase claramente; y recordando tambien el extraño proceder del Emperador, tan contrario á lo que habia dado motivo de esperar: „vos, le dice (1), debiais representar á este Príncipe lo que él mismo hizo contra Pedro de Alejandría y á favor de Timotéo el católico; porque bien se sabe el crédito que teneis con Zenon. ¿Por qué pues no le empleais en apartar al Emperador de restablecer la heregía que habia abatido? ¿Qué os servirá sin esto el celo que manifestasteis contra el primer fautor de la impiedad, es decir, contra el tirano Basilisco? ¿Quereis perder la recompensa eterna? ¿Quereis perderos para siempre á vos mismo, por haber entregado á los lobos carniceros el rebaño del Señor, ó á lo menos por haber huido como un cobarde mercenario? No, no podreis disculparos ni aun con el pretesto vergonzoso del temor y de la cobardía; pues se sabe ciertamente que nada teneis que arriesgar en

(1) *Ibid. Epist. 24.*

este mundo; pero temed la eternidad, y esto es lo que por vos me hace temblar. Yo estoy tranquilo sobre la suerte de la Iglesia que no pende de vuestros esfuerzos ni de los míos á vista de las promesas de Jesucristo; mas temamos la suerte del culpable piloto, que abandona el timon mientras la tempestad. La nave de la Iglesia se conservará; pero los que la abandonan y los que se apartan de ella, morirán infaliblemente; y aquel la abandona, que no cuida de su seguridad." Resuelto estaba ya Acacio: y así toda la elocuencia del Pontífice no fue bastante para hacerle mudar.

43. No estaba el Emperador mas bien dispuesto; por manera que los obispos Vital y Miseno, enviados por el Papa á Constantinopla y portadores de sus cartas, en vez de los honores concedidos en tales casos á la primera sede, y en lugar de ver acudir al obispo y al clero á recibirlos, encontraron á la entrada del estrecho una compañía de soldados, que los registraron y los aprisionaron despues de haberles quitado sus papeles (1). Sobre todo se temia que llevasen cartas de Roma capaces de conmovier los ánimos en Constantinopla; mas nada de esto encontraron, y se conoció por las instrucciones del Papa á sus legados, que llevaban prohibicion de comunicar con Pedro Mongo, y aun con el patriarca Acacio. Se valieron con ellos de las amenazas de muerte, de los alhagos y de los regalos para hacerles prometer lo contrario; estos medios produjeron su efecto, y entonces los sa-

(1) *Liber. Breviar. cap. 18. Fel. P. Epist. 6. ad Acac.* (1)

caron de la torre de Abidos en donde se les habia encerrado. Entraron en la ciudad, y mandáronles comparecer en público y en el lugar santo con Acacio y con los apocrisarios de Pedro Mongo, á quien reconocieron por obispo legítimo de Alejandria: grande escándalo, que dió tanta confianza á la faccion herética, que desde entonces se leyó en voz alta en las tablas sagradas el nombre de Pedro Mongo, el cual antes de la llegada de los romanos se contentaban con que se leyese en voz baja.

Este es el oprobio con que estos dos legados infamaron á la santa Silla; pues el tercero que era Felix, defensor de la iglesia romana, correspondió á todo lo que este título exigia de él. Habiendo caido enfermo en el camino, no pudo llegar á Constantinopla sino despues de sus compañeros, y aun cuando los habian sacado ya de la prision, en la que les sucedió Felix y le trataron mucho peor que á ellos; pero estuvo inalterable, y se mostró con constancia digno de la iglesia que representaba. Mas glorioso en las cadenas que sus compañeros en la corte, tuvo el consuelo de verse vivamente aplaudido por el pueblo ortodoxo de la ciudad imperial, que hizo una protesta en forma contra la conducta de los otros dos, y halló medio en una junta pública de fijarles una copia en sus vestidos.

44. Escribieron con celo al Sumo Pontífice, Cirilo, abad de los acemétas, y otros abades de Constantinopla; y Cirilo mandó marchar á Roma á uno de sus religiosos llamado Simeon, para que estos avisos lle-